

Runas en el Infierno

Capítulo 1: Runas en el infierno

Natalia cayó.

El vacío la devoró sin compasión, como si el mismo pozo se abriera en un abismo sin final. Su cuerpo se retorcía en la oscuridad líquida, la presión aplastante de un mundo que no pertenecía a los vivos. Sintió que su piel ardía y se enfriaba al mismo tiempo, como si algo le arrancara capas de su ser en cada segundo de descenso.

Quiso gritar, pero no había aire. Quiso cerrar los ojos, pero los párpados se negaban a obedecer.

La oscuridad fue cediendo. Un resplandor rojo y enfermizo comenzó a invadirlo todo. No era luz, sino algo peor: el fulgor de un fuego que no quemaba, pero desgarraba. El vacío se desvaneció y de pronto sintió el impacto.

Natalia se estrelló contra el suelo con un crujido seco. El dolor fue absoluto. Su espalda se arqueó, sus huesos gritaron, su carne pareció quebrarse como vidrio. Pero no murió.

No podía morir aquí.

Boca arriba, jadeando como un animal herido, alzó la mirada.

El cielo sobre ella no era un cielo. Era carne. Una inmensa bóveda de tejido vivo, plagado de venas negras que latían con lentitud. Pequeñas bocas sin labios se abrían y cerraban en la superficie, emitiendo murmullos ahogados, palabras en un idioma que araÑaba su mente como uñas en cristal.

Se puso de pie, tambaleándose. Su cuerpo todavía existía, pero algo en él se sentía... alterado. Más denso. Más pesado.

Alrededor, la tierra era un campo de huesos triturados y carne endurecida. Formaciones óseas emergían del suelo como espinas, algunas retorcidas en formas grotescas, otras con figuras humanoides atrapadas en su superficie.

El aire olía a cobre, podredumbre y algo más... algo que no podía describir, pero que le revolvía el estómago de una forma que ninguna visión del bosque maldito había logrado.

Estaba en el Infierno.

Y no estaba sola.

A lo lejos, una sombra se movió entre los restos. Un ser alto, de extremidades largas y desproporcionadas, con un rostro deforme y perforado por múltiples ojos que giraban en todas direcciones. Su boca, demasiado grande para su cabeza, se curvó en una mueca de reconocimiento.

Natalia retrocedió, su corazón martilleando en su pecho.

Algo se movió en su brazo.

Bajó la mirada y su sangre se congeló.

En su piel, en la misma marca que había atravesado con el cuchillo antes de caer, algo nuevo se había grabado. Un símbolo que no estaba allí antes.

Una runa.

Y ardía con un fulgor oscuro.

El Despertar en la Carne de los Condenados

Natalia sintió la runa arder en su brazo como una quemadura que no quemaba, sino que se hundía en su piel, como si le estuvieran tatuando con agujas de espinas oxidadas. Intentó frotarla, arrancársela, pero la marca parecía más profunda que la carne, como si estuviera escrita en su propio ser.

El suelo bajo sus pies crujío.

No era roca.

Era hueso.

Fragmentos de cráneos, vértebras y costillas formaban un paisaje imposible, mezclado con restos de carne petrificada. Algunas partes aún estaban húmedas, sangrando una sustancia negra y espesa que se movía por sí sola, arrastrándose como lombrices enloquecidas.

Sobre su cabeza, la cúpula de carne palpitaba con cada paso que daba. Las bocas que emergían de ella susurraban, algunas suplicaban, otras reían con voces quebradas. Algunas tenían dientes largos y afilados, otras eran simples agujeros oscuros de donde goteaba un líquido amarillo que pestaba a descomposición.

—*¿Dónde estoy?* —murmuró, aunque ya lo sabía.

Sus piernas temblaban. Su mente le rogaba que despertara. Que todo esto fuera una pesadilla.

Pero el Infierno no era un sueño.

Y entonces, la sombra se movió otra vez.

La criatura que la observaba no caminaba. Se deslizaba. Su piel era delgada, translúcida, dejando ver una red de venas que latían con un ritmo antinatural. Sus múltiples ojos eran asimétricos, como si alguien los hubiera clavado al azar en su rostro. Su boca no sonreía. Se abría y se cerraba con un sonido pegajoso, revelando hileras de dientes fracturados y ennegrecidos.

La bestia no avanzó de inmediato.

Primero la estudió.

Natalia sintió su piel erizarse. Aquello no era una simple criatura del Infierno. Sabía que los demonios solían atacar sin piedad, desgarrar, devorar... Pero este ser no lo hacía.

Este la entendía.

Era inteligente.

Y tenía hambre.

Natalia apretó los puños. La desesperación le gritaba que corriera, pero sus pies estaban enraizados en el suelo. Sabía que si huía, aquello se lanzaría sobre ella como un depredador jugando con su presa.

Entonces, lo vio.

El cuchillo.

Su cuchillo.

Estaba clavado en el suelo unos metros adelante, medio hundido en la carne endurecida del paisaje infernal. Su hoja aún tenía rastros de su propia sangre, mezclándose con el pus negruzco que rezumaba del suelo.

Podía alcanzarlo.

Pero la criatura también lo vio.

Y se movió.

Capítulo 2: El Festín de los Malditos

El ser cruzó la distancia en un parpadeo. Su cuerpo, aunque grotesco, se deslizaba con fluidez, como si el suelo mismo lo empujara hacia adelante. Sus extremidades eran demasiado largas, terminadas en dedos delgados y huesudos que se extendían hacia ella como zarcillos hambrientos.

Natalia saltó.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente, lanzándose hacia el cuchillo con todas sus fuerzas. Sintió el aire desgarrado detrás de ella cuando la criatura intentó atraparla.

Rodó sobre el suelo, sintiendo cómo la piel muerta se pegaba a su ropa, cómo los huesos crujían bajo su peso. Su mano se cerró sobre el mango del cuchillo justo cuando la criatura se abalanzaba sobre ella.

No tuvo tiempo de pensar.

Se giró y hundió la hoja en lo que suponía era su torso.

El grito que surgió de la criatura no era un sonido normal.

No era un rugido.

No era un chillido.

Era la suma de miles de voces desgarradas al unísono. Voces de hombres, mujeres y niños, todas gritando en diferentes idiomas, en diferentes tonos. Como si cada alma que la criatura había devorado aún estuviera atrapada en su interior, condenada a revivir su propio sufrimiento una y otra vez.

La criatura se retorció, pero no murió.

Sus múltiples ojos giraron en sus órbitas, deformándose hasta convertirse en bocas que sonreían con un placer sádico.

Natalia sintió el cuchillo moverse por sí solo.

No porque la criatura intentara retirarlo.

Sino porque la herida estaba devorándolo.

La carne del ser absorbía la hoja como si fuera un líquido. Natalia la sintió resbalar entre sus dedos, y antes de que pudiera reaccionar, la empujó con un golpe seco que la lanzó contra una formación de huesos afilados.

El impacto fue brutal.

Algo en su costado se rompió.

La sangre le llenó la boca con un sabor metálico y caliente.

Pero aún podía moverse.

Apenas.

Se levantó sobre una rodilla, sosteniendo su costado. La criatura ya no sonreía. Su cuerpo se había distorsionado, sus extremidades se alargaban y se retorcían como raíces vivas.

Se había vuelto más grande.

Más hambrienta.

Natalia jadeó, sintiendo la desesperación aferrarse a su garganta. Su única arma se había perdido dentro de aquella cosa. Estaba herida. Sin salida.

Y entonces, la runa en su brazo volvió a arder.

Pero esta vez, *escuchó algo*.

No eran las voces de la criatura.

Era otra cosa.

Una palabra.

No en su idioma.

Ni en ningún idioma humano.

Pero la entendió.

Y cuando la pronunció, el Infierno rugió a su alrededor.

Capítulo 3: La Primera Palabra Prohibida

Natalia sintió la palabra formarse en su lengua, como un parásito que se enroscaba en su boca. No la había aprendido, ni la había leído en ningún libro prohibido. Simplemente *la sabía*.

Era un sonido crudo, un estallido de poder que desgarró el aire a su alrededor.

—ZKAHR-ILN!

Su voz resonó como un trueno en el paisaje infernal. El suelo tembló, las bocas en la cúpula de carne gritaron al unísono, y la criatura se congeló en su lugar. Sus múltiples ojos se dilataron de terror, sus extremidades se crispaban como si algo invisible la sujetara.

Y entonces, explotó.

Pero no en llamas, ni en sangre.

Su cuerpo *se abrió*, desgarrándose desde dentro como si una fuerza oculta lo estuviera *desplegado*. Carne, tendones y huesos se expandieron en todas direcciones, separándose como los pétalos de una flor grotesca. Dentro, donde debería haber vísceras, no había nada. Solo un vacío negro que absorbía la luz.

Natalia cayó de rodillas, jadeando.

La runa en su brazo palpitaba como un segundo corazón. Algo se había activado dentro de ella, algo que no entendía. No era magia humana. Ni siquiera magia demoníaca.

Era algo peor.

Y entonces, *los demás la vieron*.

Desde la negrura del horizonte, más sombras emergieron. Criaturas similares a la primera, pero cada una más deformes que la otra. Unos tenían cuerpos delgados y retorcidos, otros eran masas de carne con extremidades fusionadas, y algunos ni siquiera tenían rostros, solo orificios que respiraban con un sonido húmedo y pegajoso.

Natalia apretó los dientes.

No hay salida. No hay escape.

Solo pelea.

Capítulo 4: Guerra en la Carne del Infierno

El primero en lanzarse fue un ser esquelético, con brazos demasiado largos y manos como garras de metal oxidado. Natalia apenas tuvo tiempo de esquivar cuando una de sus cuchillas naturales se hundió en el suelo a centímetros de su cabeza.

Rodó hacia un lado y sintió una punzada de dolor en su costado herido, pero ignoró el sufrimiento.

El ser atacó de nuevo.

Esta vez, Natalia atrapó su brazo con ambas manos y lo giró con todas sus fuerzas. El hueso de la criatura se quebró con un crujido grotesco.

Pero no gritó.

No tenía boca.

En lugar de eso, el brazo roto comenzó a retorcerse, las astillas de hueso salieron disparadas de su carne y se convirtieron en proyectiles afilados.

Natalia saltó hacia atrás, pero uno de los fragmentos se incrustó en su pierna derecha. El dolor fue inmediato y abrasador, como si la herida estuviera infectándose en segundos.

No podía permitirse caer.

Agarró el proyectil clavado en su pierna y lo arrancó con un grito. La piel se desgarró en tiras, la sangre caliente se derramó sobre el suelo de huesos, pero ella no se detuvo.

Con la misma astilla de hueso, se lanzó sobre la criatura y la hundió en su cuello alargado.

Esta vez, sí reaccionó.

Su cuerpo se sacudió, espasmos violentos la recorrieron y su piel se abrió como una costra vieja, dejando ver una sustancia negra y viscosa que burbujeaba desde su interior.

Natalia no le dio tiempo a regenerarse.

Apretó con todas sus fuerzas y partió su cuello en dos con un sonido de carne desgarrada.

El ser se desplomó.

Pero los otros ya venían.

Dos más se arrojaron sobre ella.

Uno era un amasijo de músculos y bocas, con tentáculos cubiertos de dientes.

El otro tenía múltiples torsos fusionados en un solo cuerpo, con brazos creciendo en direcciones aleatorias y cabezas que lloraban en silencio.

Natalia no podía con ambos.

Pero la runa *podía*.

Sintió su ardor intensificarse, como si algo la guiara. Sin pensarlo, *clavó las uñas en su propio brazo*, sobre la marca maldita. La sangre fluyó, pero con ella vino una nueva palabra:

—KAHT-GRAHN!

El aire alrededor de ella se *rasgó*.

Una fuerza invisible atrapó a las dos criaturas en el aire y *las aplastó* como si estuvieran entre los colmillos de un dios hambriento.

El sonido de huesos quebrándose llenó el lugar.

Las criaturas se contorsionaron. Se doblaron en ángulos imposibles. Sus cuerpos fueron triturados y absorbidos por el suelo del Infierno, que parecía *devorarlas* con placer.

Natalia cayó de rodillas.

Su respiración era errática, su cuerpo estaba cubierto de sudor y sangre.

Pero había sobrevivido.

Por ahora.

Capítulo 5: La Voz en la Sangre

Y entonces, la escuchó.

No provenía del cielo de carne ni del suelo de huesos.

Era interna.

Una voz en su propia sangre.

—No perteneces aquí.

Natalia apretó los dientes.

—Lo sé.

—Pero tampoco perteneces a ningún otro lugar.

El frío recorrió su espalda.

Las runas... No eran simplemente un poder del Infierno. Eran algo más antiguo. Algo más puro y, al mismo tiempo, más corrupto.

Algo que la había elegido.

Natalia miró su brazo. La runa ya no brillaba. Pero ahora había *otra* marca en su piel.

No solo la usaba.

La runa también *la estaba usando a ella*.

Y en el Infierno, todo tiene un precio.

Capítulo 6: La Marcha de los Desollados

Natalia se levantó con esfuerzo, tambaleándose. Su cuerpo ardía de dolor, sus músculos estaban tensos hasta el punto de desgarrarse, y la sangre corría por su piel como un río interminable. Pero no tenía tiempo para detenerse.

El Infierno no daba tregua.

Desde las sombras líquidas que cubrían el horizonte, una nueva horda emergió. Al principio, parecían cuerpos humanos... hasta que se acercaron lo suficiente.

No tenían piel.

Eran masas de carne viva, con músculos retorcidos y expuestos, palpitando con cada movimiento. Sus rostros eran máscaras grotescas de dolor y rabia, con bocas abiertas en un grito sin sonido. Sus ojos, si es que alguna vez los tuvieron, eran cuencas vacías de un negro profundo.

La marcha de los desollados comenzaba.

Natalia apretó los dientes. No tenía armas, no tenía descanso, pero tampoco podía retroceder.

El primero saltó sobre ella con una velocidad inhumana, sus dedos largos como garras intentando hundirse en su carne.

Natalia giró sobre sí misma, esquivándolo por centímetros, y con un movimiento rápido, hundió su puño en su abdomen expuesto. Sintió la carne pegajosa ceder bajo sus nudillos, pero la criatura no reaccionó con dolor.

En su lugar, sus entrañas *se enredaron alrededor de su brazo*.

Natalia sintió la presión sofocante. Intentó liberarse, pero el desollado la arrastró hacia él, su boca sin labios intentando morder su rostro.

Con un gruñido de rabia, Natalia usó su otra mano para desgarrar el interior del monstruo, arrancando sus intestinos con un tirón brutal.

El ser cayó al suelo, convulsionando mientras su propio cuerpo intentaba devorarse a sí mismo.

Pero no hubo tiempo para celebrar.

Los demás ya estaban sobre ella.

Uno la tomó por la espalda, envolviendo su cuello con un brazo húmedo y palpitante. Otro la atrapó por las piernas, tirándola al suelo.

Natalia sintió que su visión se nublaba. La presión en su garganta aumentó. Se ahogaba.

Entonces, la runa *se activó por sí sola*.

El Infierno tembló.

La piel en su brazo se abrió en líneas rojas brillantes, como si una mano invisible la estuviera marcando con nuevas palabras.

—¡GRAHN-SZEKH!* —escapó de su boca sin que ella lo decidiera.

Y el Infierno obedeció.

Los desollados fueron *despedazados*.

No por explosiones, ni fuego.

Sus cuerpos *se separaron en segmentos*, como si cuchillas invisibles los hubieran cortado en finas rodajas. Pedazo por pedazo, cayeron al suelo, aún retorciéndose. Sus bocas se movían, sus miembros intentaban gatear de vuelta a sus torsos, pero era inútil.

Natalia se levantó, jadeante.

Su brazo palpitaba.

Su piel no era la misma.

Ahora, las runas se extendían desde su antebrazo hasta su hombro, latiendo como venas negras llenas de un poder que no entendía.

Y entonces, la voz en su sangre habló de nuevo.

—*Sigues viva*.

Natalia cerró los ojos por un instante, intentando controlar su respiración.

—Sí.

—*Pero cada vez eres menos tú...*

Abrió los ojos. Miró sus manos.

Y entendió.

No estaba saliendo del Infierno.

El Infierno estaba entrando en ella.

Capítulo 7: El Carcelero de las Columnas Negras

Los fragmentos de los desollados seguían agitándose a su alrededor, los trozos de carne intentando volver a unirse como si la muerte no tuviera significado en este lugar. Pero Natalia no podía detenerse.

El Infierno respiraba con violencia, como una bestia consciente de su presencia.

El camino ante ella la llevó a un puente colgante hecho de huesos, cada vértebra y costilla ensamblada con precisión macabra. Debajo, el vacío palpitaba con llamas negras y rostros agonizantes flotaban en la bruma ardiente.

Al otro lado del puente se alzaba una estructura imposible: **las Columnas Negras**.

Eran gigantescas, más altas que cualquier catedral, hechas de un material que absorbía la luz. Desde su interior se oían lamentos, golpes, araños desesperados de aquellos que estaban atrapados dentro.

Y en medio del pasillo de columnas, esperándolo todo con paciencia *inmortal*, estaba **el Carcelero**.

Era una abominación de metal oxidado y carne encadenada. Su torso estaba cubierto de placas de hierro con púas que se incrustaban en su propia piel. Sus brazos eran largos y atroces, terminando en garras que parecían guadañas desgastadas por incontables mutilaciones.

Su rostro era lo peor.

No tenía ojos, solo una mandíbula rota que colgaba de su cráneo como si hubiera intentado devorarse a sí mismo.

El aire se volvió más denso. **No se movía, pero Natalia sabía que la había visto.**

Cada fibra de su ser le gritaba que no avanzara.

Pero quedarse quieta en el Infierno era peor que la muerte.

Avanzó.

—**Quién pisa mi prisión sin cadenas...** —gruñó el Carcelero con una voz que no venía de su boca, sino del aire mismo.

Natalia apretó los puños. Su brazo marcado ardía.

—No tengo tiempo para esto —murmuró.

El Carcelero inclinó la cabeza.

—**Yo soy el tiempo aquí.**

La bestia levantó una de sus garras y la bajó con violencia.

Natalia rodó hacia un lado, sintiendo el filo del ataque rozar su espalda. **El suelo donde estaba fue partido en dos.**

No esperó. **Corrió hacia él.**

El Carcelero giró su cuerpo de metal y lanzó su otra garra.

Natalia **saltó**.

En el aire, giró su cuerpo y aterrizó sobre la bestia, **clavando sus dedos en los huecos de su armadura.**

Pero el Carcelero *no era carne*.

Sintió su piel arder al tocarlo. **Era metal vivo, ardiente, maldito.**

Con un rugido, la criatura se sacudió y la arrojó contra una de las Columnas Negras. Natalia chocó con fuerza, el impacto dejó una grieta en la superficie oscura.

Entonces escuchó los **gritos dentro de la columna.**

Voces. **Miles de ellas.**

—**No lo mires.**

—**No lo toques.**

—**No dejes que te atrape...**

Pero ya era tarde.

El Carcelero alzó una de sus cadenas. **Natalia solo tuvo un segundo para reaccionar.**

¡La cadena la atrapó por el cuello!

La fuerza del tirón la levantó del suelo. Natalia sintió cómo la presión destrozaba su piel, cómo el aire se le escapaba de los pulmones.

—Aquí no hay muerte, solo prisión eterna.

El Carcelero la arrastró hacia él, su mandíbula desencajada se abrió más.

Iba a devorarla.

Su brazo marcado latió con furia.

El Infierno gritó dentro de ella.

—¡RAZ'GORTH! —su voz se rompió en un alarido.

Las Columnas se agrietaron.

La energía atrapada dentro explotó. **Miles de sombras se liberaron.**

Y todas atacaron al Carcelero.

Las cadenas que lo sostenían estallaron en llamas negras. Las almas arrancaron trozos de su armadura, desgarrando su carne con garras espirituales.

El Carcelero gritó por primera vez.

Natalia cayó al suelo, jadeando, su cuello con marcas profundas y sangrantes.

Pero el Carcelero **seguía vivo.**

Su cuerpo ardía, su armadura se quebraba, pero sus garras **iban hacia ella otra vez.**

El combate aún no terminaba.

Capítulo 8: El Carcelero Renacido

El fuego negro devoró al Carcelero, su cuerpo se retorció mientras las almas liberadas lo atacaban sin piedad, desgarrando su carne y fundiendo su metal.

Natalia cayó de rodillas, sintiendo su respiración entrecortada. **Había ganado.**

O eso pensó.

La risa resonó en la prisión de las Columnas Negras.

Una risa que no tenía sonido, sino que se manifestaba directamente en el aire, en los huesos, en la carne.

—**Tú... crees... que puedes destruirme.**

Las almas gritaron. **No de victoria, sino de terror.**

Las sombras liberadas **intentaron huir.**

Pero el Infierno no tenía escapatoria.

Los fragmentos destrozados del Carcelero **se elevaron.**

Las cadenas rotas flotaron en el aire, retorciéndose como serpientes vivas. La armadura ennegrecida **se fundió**, absorbiendo la carne y el metal derretido en un nuevo horror que no debería existir.

El cuerpo que surgió de las llamas **no era el mismo.**

Las piernas desaparecieron. Ahora **se arrastraba** sobre una masa amorfísima de carne fundida y metal oxidado, como una montaña de cadáveres fusionados con restos de hierro.

Los brazos se alargaron **demasiado**, con garras aún más afiladas, como cuchillas de un verdugo infernal. Cada movimiento dejaba marcas ardientes en el suelo.

Pero su rostro...

Su rostro era lo peor.

Ya no tenía mandíbula rota. Ahora **tenía muchas.**

De su cráneo alargado sobresalían **bocas deformes**, repletas de dientes irregulares que se abrían y cerraban con una sinfonía de crujidos y chasquidos. Algunas bocas susurraban oraciones en lenguas perdidas. Otras reían. **Otras gritaban.**

Sus ojos, antes inexistentes, **ahora estaban allí.**

Y eran miles.

Cubriendo su piel, su cuello, su pecho, cada uno girando en direcciones imposibles, cada uno reflejando a **Natalia.**

Ella sintió que el aire se volvía más pesado, como si el Infierno **quisiera devorarla también.**

—**No hay libertad en este lugar.**

La voz del Carcelero ya no venía de su boca, sino de todas las bocas a la vez.

Y entonces se lanzó sobre ella.

Natalia rodó hacia un lado en el último segundo, sintiendo el suelo **desaparecer** bajo el impacto del monstruo.

El suelo no se rompió.

Fue devorado.

El Infierno **se hundió** en un abismo de sombras vivas, que se retorcían y se aferraban al cuerpo del Carcelero **como si intentaran escapar de él.**

Natalia corrió. **Pero no había salida.**

El monstruo **era más rápido.**

Una de sus garras gigantes la golpeó en la espalda, enviándola contra una de las Columnas Negras. Su cuerpo entero **se quebró por dentro.** Sintió sus costillas hundirse, su visión nublarse con sangre.

Pero no podía detenerse.

No podía morir **ahí.**

El Carcelero **rió.**

—**Sigues resistiendo.**

Levantó su brazo, su garra **se multiplicó en el aire**, formando cuchillas que **destrozaban el espacio a su alrededor.**

Natalia sintió el pánico arrastrarse por su piel. **No podía esquivar eso.**

Entonces, **las runas reaccionaron.**

Su brazo latió con furia. **La piel de su cuerpo se abrió sola.**

Las marcas se extendieron hasta su cuello, hasta su rostro, hasta sus piernas. **Las runas la reclamaban.**

Y entonces **escuchó la voz en su sangre.**

—**Di mi nombre.**

Natalia sintió que su mente **se partía en dos.**

Pero **no tenía opción**.

—¡ZAL-AZOTH!

El Infierno rugió.

El aire se quebró como vidrio. Las Columnas Negras **colapsaron**.

Y Natalia **ya no era la misma**.

Capítulo 9: El Portal Maldito

Las runas **se abrieron**.

No como una simple activación de poder.

Se abrieron como grietas en la realidad.

Natalia sintió su piel **desgarrarse** desde adentro. No había sangre, porque **lo que salía de ella no era humano**.

Era el Infierno mismo.

Su carne se volvió translúcida, mostrando el vacío **más allá del Infierno**. Su pecho, su vientre, sus brazos... **eran fracturas en la existencia**.

El Carcelero **se detuvo**.

Por primera vez, **no se rió**.

Por primera vez, **se arrodilló**.

—**El Portal ha sido abierto.**

Natalia gritó, tratando de moverse, **de cerrarlo**. Pero **no podía**.

Algo **cruzaba desde el otro lado**.

Algo antiguo.

Las bocas del Carcelero comenzaron **a hablar en reverencia**.

—**Él vendrá... Él vendrá... Él vendrá...**

Natalia vio cómo las sombras **se deformaban** dentro de su cuerpo. Algo **se alzaba dentro de ella**.

Algo **demasiado grande** para ser contenido.

Las columnas rotas **se elevaron de nuevo**, como si una voluntad superior las reconstruyera **sin esfuerzo**.

El Infierno **se inclinó** ante lo que estaba a punto de cruzar.

Y entonces, una **garra monstruosa** surgió de su abdomen.

Negra como la ausencia de todo.

Un solo dedo **era más grande que su torso**.

—**Ha pasado tanto tiempo...**

La voz no se escuchó.

Se sintió.

En el aire. En la carne. **En la mente.**

Natalia **comprendió todo en un instante**.

Todas las batallas, todo el dolor, cada herida, cada enfrentamiento...

Nunca fueron pruebas para escapar.

Fueron rituales. **Fueron sacrificios.**

Todo lo que había sufrido **era parte del proceso**.

Su cuerpo había sido esculpido para esto.

Para convertirse en **el Portal Maldito**.

Y ahora **una entidad infinita** cruzaba a través de ella **para devorar el mundo de los vivos**.

Pero aún **tenía tiempo**.

El Portal **no estaba completamente abierto**.

Si destruía al Carcelero... Si lograba cortar la conexión **antes de que el Demonio cruzara completamente...**

Podría **sellarlo**.

O al menos **morir antes de permitirlo**.

Pero el Carcelero **ya no era su enemigo**.

Él era solo un sirviente.

Ahora tenía que enfrentarse **a algo mucho peor.**

El Demonio Mayor **la miró desde el otro lado del Portal.**

Y sonrió.

—**Inténtalo, hija de la carne.**

Capítulo 10: La Ruptura del Alma

Natalia **no podía moverse.**

Su cuerpo ya **no era suyo.**

Las runas ardían con un fuego que no iluminaba, sino que **consumía la realidad** a su alrededor. Su piel estaba fracturada, su carne vibraba como si miles de voces **gritaran desde su interior.**

El Demonio Mayor estaba cruzando.

Su garra se extendió desde el vacío del Portal, sus dedos **doblándose en direcciones imposibles.** No era una simple extremidad. **Era una entidad viva**, hecha de sombras líquidas y ojos en perpetua agonía, **fusionados en un movimiento constante de desesperación.**

Cada vez que un ojo **se abría**, una voz susurraba una maldición prohibida.

El Infierno **tembló.**

El Carcelero, arrodillado, murmuraba alabanzas **en una lengua que descomponía el aire.**

Natalia **sentía que su mente se quebraba.**

Pero su voluntad **aún ardía.**

No iba a permitir que cruzara.

Reunió cada fragmento de fuerza **que quedaba en su ser** y **se aferró a su propia carne**, intentando desgarrar las runas **de su piel.**

El dolor fue **atroz.**

No era solo físico.

Era **el dolor del Infierno desgarrándola por dentro**, resistiéndose, negándose a soltarla.

—**No... eres... nada... sin mí.** —susurró el Demonio desde el otro lado.

Y entonces, **la vio.**

Dentro del Portal.

Dentro de **ella.**

La entidad **no tenía un solo rostro.**

Tenía todos.

Miles de caras fusionadas en una masa eterna de sufrimiento. Algunas eran humanas, otras **eran restos de lo que alguna vez fueron dioses.**

Pero en el centro...

Había una cara que Natalia reconoció.

Era ella misma.

—**Tú ya existías en mí... antes de que nacieras.**

Su voz **desgarró su mente.**

El Demonio no intentaba convencerla. **Le estaba mostrando la verdad.**

Ella **había sido suya desde el principio.**

Su dolor. Su rabia. Sus pesadillas. **Nada de lo que era, nada de lo que había hecho, le pertenecía.**

Siempre **había sido su portal.**

Siempre **había sido su creación.**

Natalia **cayó de rodillas**, su cuerpo **perdiendo forma.**

El Demonio **extendió su mano.**

Y **la tomó del rostro.**

Sus garras se **hundieron en su piel**, como si quisieran moldearla, **convertirla en algo nuevo.**

Pero entonces, algo cambió.

Las runas **se alteraron.**

No eran un simple conducto. **Eran un arma.**

Natalia sintió algo **despertar dentro de ella**.

Algo más viejo que el Demonio.

—**No soy tuya.**

Y **rompió su propia cara**.

Su puño **se hundió en su rostro**, en el punto exacto donde el Demonio la sujetaba.

El Infierno **rugió**.

Las runas **se partieron**.

La conexión con el Portal **se fracturó**.

El Demonio **gritó**.

Por primera vez, **el horror se reflejó en sus ojos**.

Y Natalia supo que aún tenía una oportunidad de destruirlo.

Pero ahora **el Infierno entero venía por ella**.

Capítulo 11: La Última Runa

El Infierno **rugía**.

El Portal **se tambaleaba**, resquebrajándose, pero **aún no estaba destruido**.

El Demonio Mayor **se aferraba a la grieta**, negándose a ser devuelto al vacío. Sus múltiples rostros **gritaban en furia**, en desesperación, **en miedo**.

Natalia, con el cuerpo **roto y desgarrado**, miró su piel una última vez.

Las runas ardían.

Pero entre ellas, una **era diferente**.

No era negra como las demás. **Brillaba en rojo**.

Pulsaba.

Esperaba.

—**¿Qué es esto...?** —susurró con voz entrecortada.

El Demonio se quedó en silencio.

Por primera vez no habló.

Por primera vez, pareció darse cuenta de algo que no había previsto.

Natalia lo entendió.

No todas las runas eran para abrir el Portal. **Una había sido creada para destruirlo.**

Para destruirla a ella.

Para sellarlo todo.

El sacrificio final.

El Demonio gruñó.

—**No te atrevas.**

Pero Natalia ya había decidido.

No era un héroe.

No era una salvadora.

Pero si todo su sufrimiento **tenía un propósito...**

Que fuera este.

Llevó sus dedos ensangrentados **a la runa en su pecho.**

El Demonio rugió, intentando extender sus garras, pero el Portal ya comenzaba a cerrarse.

—¡NO! ¡TÚ ME PERTENECEST!

Natalia activó la runa.

El Infierno colapsó.

El Portal se partió en mil fragmentos de oscuridad.

El Carcelero fue devorado por su propia prisión.

El Demonio gritó...

Y desapareció.

La existencia misma se resquebrajó.

Y entonces, **no quedó nada.**

Ni fuego.

Ni dolor.

Ni Natalia.

Epílogo: La Nada

Flotaba.

No había suelo.

No había cielo.

Solo un vacío **blanco e infinito.**

Ni siquiera el Infierno existía aquí.

—**¿Estoy muerta?**

Su voz no tenía eco.

No tenía cuerpo.

Solo flotaba, sin dirección, **sin final.**

No era el Infierno.

No era el Cielo.

Era simplemente...

Nada.